

La medicina española de los siglos XVI, XVII y XVIII y su influencia en Colombia*

A todos mis amigos colombianos

Cuando mi buen amigo, el doctor Humberto Rosselli, tuvo la amabilidad de invitarme a participar en la Primeras Jornadas Colombianas de Historia de la Medicina, patrocinadas por la sociedad que ostenta ese nombre y, que en estos días, cumple su segundo aniversario, surgió en mí una doble sensación de agradecimiento y perplejidad.

Agradecimiento, en primer término, porque la gentileza del insigne presidente de esta sociedad que reúne a cuantos de uno u otro modo se dedican a escudriñar el pasado de la medicina, esa gentileza, digo, me permite la dicha y me otorga el honor de visitar por vez primera esta tierra que ostenta hoy un nombre bien caro para los españoles, así como conocer a los hermanos colombianos, compartir con ellos unas jornadas de trabajo y establecer unos lazos de amistad y camaradería, de los que tan precisa está esa cacareada y tantas veces desorbitada hispanidad que nos programan. Agradecimiento por algo más: hace algún tiempo, en ocasión similar a ésta dije que así como el viejo adagio expone que un hombre no alcanza cabalmente su condición genérica en plenitud en tanto que no ha plantado un árbol, ha engendrado un hijo y ha escrito un libro, tengo para mí que, referida al español, esa hombreidad no logra toda su amplitud más que después de haber pisado, allende el mar océano, las tierras americanas. En dos ocasiones diferentes he tenido el privilegio de visitar y conocer este continente. La República Argentina, sobre todo, se me ha abierto cordialmente en toda su extensión, desde las tierras exuberantes, lacustres y andinas de belleza inimaginable de San Carlos de Bariloche, al sur, hasta las tierras misteriosas, embrujadas diría, de Humahuaca, Purmamarca y Jujuy, ya en el límite norte del país, besando a Bolivia. Y a lo largo de esas tierras, y muy especialmente en Buenos Aires, en La Plata y en San Pedro de Jujuy, la pobre voz de este español ha resonado en pregón de amistad y afán de humanismo. Y ahora Colombia viene a concederme, a profundizarme, ese privilegio de sentirme más hombre entre vosotros y más español junto a vosotros. Por todo ello, gracias, pues.

Pero decía, al iniciar mis palabras, que a ese agradecimiento se le unía la perplejidad: una perplejidad personal, en cuanto a la idoneidad de que, de toda la escuela de Madrid, fuese yo la persona que aquí había de representar a los historiadores de la medici-

* Conferencia pronunciada en Bogotá, en la Sociedad Colombiana de Historia de la Medicina.

na; y una perplejidad profesional, en cuanto al tema de esta conferencia, amablemente sugerido por Humberto Rosselli. En efecto, de la medicina española en el mundo moderno, esto es, en los siglos XVI, XVII y XVIII, algo sé y algo podré deciros; ahora bien: la influencia que esa medicina haya tenido en vuestra Colombia, ¿quién soy yo para exponerla? Os haré una confesión: el historiador español —yo al menos así lo siento— que llega a América, vive esta circunstancia como esa familia, uno de cuyos miembros abandonó un día el solar paterno, cargado de tradición, de usos y de costumbres, y arraigó lejos de los suyos, y creó un nuevo hogar e incorporó nuevos hábitos. El azar permite un día que se produzca el reencuentro. Y en ese reencuentro, los que quedaron no son capaces de explicar al ausente la influencia que el peso de lo heredado posee en su nueva vida, sino que ávidamente inquieran, preguntan, y es éste, el hermano alejado, el que en conversación pausada y entrañable va narrando su modo de existencia y recordando sus raíces, quizás olvidadas.

Así veo yo mi misión en estos instantes. Vengo a recordar, junto a vosotros, lo que la medicina española fue durante la modernidad europea, sus glorias, sus defectos; todo ese conjunto de ideas, creencias y saberes que los hermanos pródigos trajeron hasta acá, en aquellas naos que constituían su ventura y su aventura, que tantas veces labraron su desventura y tantas otras venturosamente les permitieron arraigar hasta llegar a esta realidad del siglo XX, manteniendo sutilmente la trama a lo largo y a lo ancho de ya casi quinientos años. Y con curiosidad noble vengo después a conversar con vosotros y a que me mostréis qué se hizo de aquella medicina, en el detalle de un institución, en el mantenimiento de una práctica, en el olvido de un hábito. Porque debo comenzar por confesaros, y concluyo así esta larga introducción, que es muy poco lo que se de vuestra historia de la medicina, y aparte de las publicaciones de Ricardo Gutiérrez Lee, Ibáñez, Ucrós y Corpas, de las que mi única referencia la debo al doctor Rosselli en vuestro boletín, lo poco que sé lo debo a los libros, cito por orden cronológico, de Luis Augusto Cuervo, de Alfonso Bonilla, de Augusto Echeverri, de Andrés Soriano y de Humberto Rosselli. Lo cual supone que vengo hasta vosotros con sed de aprender y de llevarme luego a mi patria, con lo aprendido, el conocimiento cabal de la medicina colombiana de la conquista y de la colonia.

Una de las más bellas palabras del idioma castellano es la de *nostalgia*. Procedente del griego, los dos vocablos que la constituyen, *nostós* y *álgos*, expresan el dolor ante el retorno imposible. Esa nostalgia debía sentir el granadino Gonzalo Jiménez de Quesada cuando, al pisar esta tierra que ya habían hollado las plantas de Alonso de Ojeda, Juan de la Cosa y Américo Vesputio, pensando en su patria entrañable, dio el nombre de Nuevo Reino de Granada al estado de Bocatá, y el de Santa Fe de Bocatá a su capital.

¿A dónde llegaban estos españoles que la historia y vosotros mismos denomináis conquistadores y que a mí, personalmente, me complacería considerar sembradores? Llegaban a Bocatá y a Tunja, y se encontraron con unos indígenas en posesión de dos seculares tipos de cultura aborígen, la chibcha en las regiones andinas, la caribe en las costas y valles de los grandes ríos. Y frente a la imposible comunicación en un lenguaje extraño, lo primero y más fundamental que estos españoles trajeron, único puente posible de unión y transferencia de culturas, fue la lengua, esa lengua que hoy nos permite entendernos en Bogotá y en Quito, en Méjico y en Madrid. Hace ahora ochenta

años, un español ilustre, Miguel de Unamuno, escribía a este respecto que «en América desarrollará la española, la raza histórica, la que tiene por sangre la lengua, potencialidades que aquí se ajan y languidecen atrofiadas por la falta de uso». Se refiere don Miguel a ese patriotismo de la lengua, a ese espíritu vivificante de la raza hispana, tan entroncado en su alma atormentada y que años más tarde le permitirían escribir uno de los más bellos sonetos de nuestro idioma, aquel que concluye con los tercetos:

Y esta mi lengua flota como el arca
de cien pueblos contrarios y distantes,
que las flores en ella hallaron brotes
de Juárez y Rizal, que ella abarca
legión de razas, lengua que a Cervantes
Dios le dio el Evangelio del Quijote.

Y con la lengua, los navegantes trajeron la religión cristiana, una religión entonces agónica —en el sentido unamuniano del término— por los influjos de Trento, por los celos de apertura luterana, pero inflamada de caridad, materialmente expresada en la erección de hospitales con una orientación primera más agapética que asistencial, y que en este virreinato de Nueva Granada, sólo en el siglo XVI, dio lugar a las fundaciones religiosas —especialmente de sanjuanistas, bethlemitas e hipólitos— bajo la advocación de San Pedro, Santa María la Antigua, San Lázaro y Santa Marta. Y con la luz de la caridad, el oscurantismo del recelo: el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición se implantaba en Cartagena de Indias en febrero de 1610: bien sabe de ello y de su participación en la persecución de los orates, nuestro común amigo Humberto Rosselli.

Algo más trajeron consigo los españoles que por vez primera desembarcaron en América: con ellos llegaba una serie de enfermedades, desconocidas en este suelo, y que por diferencias de inmunidad dieron lugar a graves epidemias entre los indígenas con la subsecuente mortalidad: la influenza, la viruela, el sarampión, la escarlatina, quizá la lepra y la tuberculosis. Pero justo es reconocer que con estas enfermedades, también llegaron las medidas preventivas que intentaban limitar su expansión. Recordemos que la primera cuarentena marítima fue ordenada en Santo Domingo en 1519, para evitar la extensión de la viruela. Y es justo también, en este momento, aludir, en salto que nos deja en el límite cronológico del período que estudio, a la epopeya de José Salvany en la expedición de la vacuna, esa expedición inverosímil, iniciada en 1803 por la amenaza de una epidemia de viruelas en Santa Fe, y si cuya gloria principal corresponde a Francisco Javier de Balmis, director de la empresa, no menor relieve alcanza por ello la figura del cirujano del Colegio de Barcelona, que formó parte de la misma como subdirector, y cuya aventura discurre en buena parte por estas tierras. Salvany, en efecto, fue encargado de efectuar la profilaxis en todo el reino de Santa Fe, Perú y Buenos Aires: el naufragio a poco de partir del puerto de la Guayra, la llegada a Barranquilla el 16 de mayo de 1804 y a Cartagena una semana más tarde; la penosa navegación remontando el río Magdalena; Narres en el mes de septiembre, Villa de Honda el 12 de octubre. Y luego, ya por tierra firme, Mariquitas, Guaduas y al fin Santa Fe de Bogotá el 18 de diciembre, con una haber de 56.327 vacunaciones en el trayecto y la pérdida de un ojo por el propio Salvany. Luego, tras una estancia de tres meses entre vosotros, la ruta de los Andes a la búsqueda de Quito primero, de Lima más tarde, hasta